

EL COLEGIO
DEL SÓTANO
MALDITO

JOSÉ MARÍA PLAZA

edebé

© del texto, José María Plaza, 2010

© Ilustración de cubierta, Noemí Villamuza, 2010

Proyecto y dirección: EDEBÉ

© Ed. Castellana: edebé, 2010

Paseo de San Juan Bosco 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño y dibujos interiores: Els Altres

ISBN 978-84-236-9626-0

Depósito Legal: B. 9868-2010

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A todos esos lectores que, en los encuentros de autor o en los correos, me animaron a que escribiese una aventura de Los Sin Miedo que sucediera en un colegio, porque sé —y así me lo confesasteis— que es vuestro escenario de terror favorito. Gracias por vuestra implicación.

A mis amigos María Morillo y Hugo Odizzio, que me alojaron y atendieron en su casa de Montevideo en la versión final de esta novela. A Valentina Obispo, que descubrió No es un crimen enamorarse en el lejano Paysandú (Uruguay) con Clarice al fondo. A Sofía Terán Corsini, mi primera lectora de Buenos Aires.

A Don Luis (he olvidado su apellido, pero no sus clases de 2º), mi mejor profesor. El recuerdo de un buen maestro nos acompaña toda la vida.

Índice

1. La llamada de una amiga	7
2. Un viaje demasiado veloz	15
3. Solos en el desván	27
4. Recuerdos del sótano	35
5. Los primeros sospechosos	45
6. Descendiendo	55
7. Entre oscuros pasillos	67
8. Una llamada en el aire	79
9. En punto muerto	89
10. Otros tiempos	101
11. Una noche muy despierta	113
12. La condesa perseguida	125
13. Nueva versión de las amigas	135
14. Dos profesores algo raros	145
15. Puertas, puertas, puertas	161
16. El final del principio	175
17. David tiene un problema gordo	189

18. Asalto al colegio	201
19. ¡¡Ante nosotros!!	211
20. Atrapados en el sótano	223
21. El lugar sin nombre	233
22. El niño del pasado	243
23. Teléfonos mudos	253
24. Un giro muy inesperado	261
25. Las últimas dudas	273
Epílogo (de vuelta a casa)	281



1. La llamada de una amiga

Hacía demasiado tiempo que había empezado el curso. Quedaban lejos las Navidades, en las que no ocurrió nada especial, y mucho más lejos, las vacaciones de un verano que fue el más importante de nuestra vida. Al menos, de la mía.

En esos meses se formó la pandilla de Los Sin Miedo: Belén, Cristina, David y yo, aunque a veces se nos unían Fernando, un compañero de otra clase, o Erika, la hermana pequeña de Belén. Sin pretenderlo, vivimos algunas aventuras que no habíamos olvidado.

La vida nunca es lo que parece. Un simple campamento de verano se convirtió en uno de los misterios más complicados con el que nos topamos. Lo resolvimos, es cierto, pero no se habló de ello y nuestros compañeros nunca supieron nada. En aquel lugar conocimos a gente de todas partes: Jordi, un

chino de Barcelona; Inés, una chica tímida que tenía miedo de todo, aunque luego cambió; Héctor, el sobrino del director, que era un engreído y formó equipo con Cristina y Kevin, pues en el campamento todas las actividades las hacíamos en grupos de tres. Y también estaban las Barbies, que es como yo las llamaba: tres chicas muy arregladas que vestían igual, hablaban igual y parecían la misma persona. Cristina, que las conoció mejor, me dijo que no eran iguales y que el fallo estaba en mí, que las miraba con malos ojos. No es cierto. Yo sólo miraba con malos ojos al sobrino del director, y lo hice porque era un pesado, no porque anduviera detrás de Cris.

De todos modos, el campamento era algo lejano y casi olvidado. Las amistades que surgieron no habían servido para mucho. En medio año no me había escrito con nadie. No me importaba: tenía mis propios amigos en Madrid y una pandilla de aventuras que me gustaba.

Sin embargo, Cris mantenía contacto por correo electrónico con Héctor y con una de las Barbies. Lo llevaba muy a su aire. Fue precisamente en ese re-

creo cuando nos enteramos de ello, y de un modo indirecto.

—¿Sabéis que me ha escrito Gracia?

Ni David ni yo lo sabíamos. Al parecer eso era sólo el preámbulo. La noticia llegaba después:

—Se ha enterado de que fuimos nosotros los que descubrimos al zorro vengador y nos pide que vayamos a visitarla.

—¿Dónde vive?

Ni siquiera sabíamos de dónde era. La verdad es que David y yo apenas hablamos con ella durante el campamento.

—En Córdoba.

—Eso cae por Andalucía —apuntó David—. ¿Nos paga el viaje?

—Necesita nuestra ayuda. Dice que en su colegio están ocurriendo cosas muy raras y lo más raro es que los profesores no quieren hablar del tema. La directora pone excusas que no se cree ni ella.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Sería genial que los extraterrestres se hubiesen metido en los cuerpos de los profesores. ¿Os imagináis?

—David ya se lo estaba imaginando—. ¿Qué es lo que les enseñarían en Sociales? ¿Los montes de la Luna? ¿Pistolas desintegradoras? ¿Cómo cocinar humanos?... ¡Glub! —David, que suele soltar lo primero que se le pasa por la cabeza, se dio cuenta de lo que acababa de decir y rectificó—: Bueno, es absurdo esto de los marcianos, ¿no creéis? Pero lo de tu amiga suena fenómeno.

—Me alegro, porque vamos a ir a ayudarla —afirmó Cristina—. Bueno, si queréis —nos miró para ver cómo reaccionamos, y como Cris es muy lista, añadió—: ¿No somos una pandilla?

Era la primera vez que lo decía, lo cual me dejó fuera de juego y con la boca abierta, una boca que sólo supo decir:

—Claro, claro... ¡Hay que ir!

—Estupendo. Se lo diremos a Belén y, si no hay ningún problema, planeamos el viaje esta misma tarde —Cris, como de costumbre, lo tenía todo previsto—. ¿Os pasáis luego por mi casa?

—Vale.

David, sin embargo, ya había hecho sus propios planes:

—Yo no sé si podré. Pensaba quedarme en casa para probar mi nuevo videojuego sobre espías bicéfalos.

—¿Quéééééé?

—Bicéfalos significa con dos cabezas; me enteré ayer. Es un juego muy divertido. Se trata de unas plantas carnívoras llegadas desde...

—Deja, deja —le corté—, prefiero que no me cuentes nada.

—Como quieras. Me lo voy a pasar fenómeno estos próximos días practicando: desde el miércoles por la tarde hasta el domingo estamos sin clase. ¡Vivan las fiestas escolares! No creo que me anime a ir con vosotros a Córdoba. No os importa, ¿verdad?

Nos importaba. Al menos a mí, pero no era el momento de decírselo delante de Cris. Confiaba en convencerle más tarde para que nos acompañara. Los Sin Miedo tienen que estar juntos.

—¿Qué es lo que pasa en el colegio de Gracia? —pregunté de nuevo antes de que sonara el timbre del final del recreo.

—Me lo ha contado muy por encima —explicó

Cris—. Parece que en el sótano se oyen ruidos que no se pueden explicar, ruidos muy misteriosos. El bedel dice que no hay de qué preocuparse, que es normal porque allí están haciendo obras.

—Es normal —comenté.

—Donde hay obras hay ruido y polvo —añadió David.

—Sí, pero unas amigas tuyas bajaron al sótano y allí no tenía pinta de que hubieran comenzado ninguna obra.

—¿Qué es lo que había?

—Nada...

—¿Nada?

—No miraron hasta el fondo. El sótano de su colegio es un lugar que asusta, y ni los profesores se atreven a recorrerlo entero cuando se hace tarde. Sólo bajan a la parte de los laboratorios.

—¡Qué absurdo! —exclamó David—. Yo puedo bajar solo y sin armas al sótano de nuestro colegio. En los sótanos están la cocina, el gimnasio, los vestuarios...

—El suyo es diferente. Su colegio es del siglo XVI.

—¡Eso es muy antiguo! —suspiró David.

—Qué raro —añadí—. En aquella época, la mayoría de los niños no iba al colegio. ¿No es así?

—Exactamente —dijo Cris—. Lo que pasa es que cuando lo construyeron era un convento de clausura. Eso es lo que me ha dicho Gracia.

—¿Un convento de clausura? —repitió David, asombrado—. ¿Esos lugares donde se encierran las monjas toda su vida y no pisan nunca la calle ni pueden asomarse a la ventana?

—Algo parecido.

—¡Qué vida! Todo el tiempo dedicándose a hacer pastas y a rezar. Tiene que ser aburrido a tope.

—Depende —añadí—. Antes, aquellos conventos eran inmensos y estaban llenos de trampas, pasadizos y habitaciones secretas. ¿No os acordáis del monasterio de los cuatro monjes desaparecidos?

—¿Éste será igual? —preguntó David, y se le iluminó la cara.

Mi amigo debía de estar pensando en aquel lugar como el escenario ideal para uno de sus videojuegos de enigmas y monstruos incomprensibles. O qui-

zás, que por allí podría encontrar un montón de espadas antiguas que añadir a la colección que empezó en el castillo de los guerreros sin cabeza.